



La Lectura Popular

AÑO XXII.

Orihuela 15 de Setiembre de 1903.

Núm. 482

LA MONEDA

CUENTO ECONÓMICO

Cuando una pertináz sequía produjo en el pueblo del Robledal el hambre más espantosa, el cura párroco, que era un hombre caritativo en extremo, se decidió á pedir limosna de puerta en puerta para dar alimento á los infelices braceros.

El acto de aquel sacerdote impresionó al vecindario profundamente, y muy pronto pudo ponerse en la cosa parroquial una especie de rancho con el que por lo menos una vez al día satisfacían su voraz apetito una porción de desdichados trabajadores.

Algunos se negaron á prestar el más leve auxilio á la desgracia, y entre éstos figuraba uno que pasaba por ser hombre muy rico. Se llamaba don Aniceto y poseía muy pocas tierras, que iba vendiendo poco á poco para alimentarse malamente y vestir como el último pobre de la comarca, pero la opinión le atribuía una fortuna grande en metálico y enterrada en el patio de su casa.

El cura le defendía de las públicas acusaciones de que era objeto, pero el hecho de negarse á dar un solo céntimo para la comida de los braceros, hirió de tal modo el alma sencilla del buen párroco, que se propuso áveriguar la verdad y limpiar del pecado de la avaricia á aquel feligrés.

Cuando la calamidad pasó y la esperanza de una buena cosecha volvió la alegría al lugar, fué cuando el cura se decidió á dar el golpe, y una mañana, temprano, cuando don Aniceto salía de misa, le hizo entrar en la casa rectoral y de la manera más cariñosa posible empezó á censurarle su avaricia, que debía ser grande, puesto que todo el mundo le atribuía un repleto gato.

Don Aniceto, creyendo que se trataba de pedirle dinero, juró y perjuró que no tenía un céntimo ahorrado, pero cuando por el curso de la conversación se con-

venció de que no se trataba de semejante cosa y que aquella conferencia era una especie de confesión que llevaba aparejado el correspondiente secreto, se declaró sincero, y una vez que veía cerrado su bolsillo, abrió sin inconveniente su pecho.

Tenía dinero, mucho dinero enterrado en un lugar de su casa que á nadie diría jamás. Todo su tesoro se componía de monedas de plata, unas heredadas de su padre y otras producto de su ahorro.

Guardaba el dinero por si un día le hacía falta, y no daba á nadie un cuarto de limosna porque tampoco pensaba pedirlo él, jamás, para lo cual conservaba y aumentaba su bolsa con exquisito cuidado. Y cuando hubo terminado su confesión, cerró el período con esta frase:

—Y ahora hágame usted un sermón sobre la avaricia, que no me va usted á convencer.

El cura le escuchó asombrado y las últimas palabras le hirieron vivamente su amor propio como sacerdote. ¡No convencer él, que hablaba en nombre de principios incontestados y de verdades eternas! Contuvo el débil enojo que su bondadoso carácter era capaz de sentir, y con la mayor calma replicó á don Aniceto.

—No voy á hacer sermón ninguno, puesto que usted no quiere oírlo; al contrario, voy á que usted me explique cómo teniendo ese dinero no ha tratado de multiplicarlo.

Don Aniceto abrió unos ojazos terribles: no se trataba de pedirle nada, y por añadidura se excitaba á aumentarle.

—¡Cómo!—exclamó lleno de curiosidad.

—Pues comprando papel del Estado—dijo el cura—tendría usted el cuatro por ciento más de ese dinero todos los años, y ya había algo para los pobres.

Don Aniceto soltó la carcajada, ¡Qué inocencia la del párroco! Eso ya lo sabía él de sobra aunque fuera tan ignorante que apenas si podría deletrear un perí-

dico; pero el papel baja á lo mejor y luego viene una guerra y no se pága el cupón: jamás expondría su dinero á tales riesgos.

—¿Y en acciones del Banco Agrícola que se ha fundado en la capital?—añadió el cura

—Puede quebrar—añadió don Aniceto.

—¿Y en tierras aquí mismo? Algo quedaría para los desvalidos.

—¡En tierras! Los años malos, la inundación, el granizo, todo eso se pierde en una hora. No se canse usted; lo más seguro es lo que yo hago. El metal siempre es metal, la plata siempre es plata.

El cura ya no supo qué argumentar, y como había prometido no hacer un sermón sobre la avaricia, varió de conversación; pero su pensamiento no se apartaba de la frase última de aquel hombre y en su mente repetía aquellas palabras de que «la plata siempre era plata.»

D. Aniceto, cuando vió que la conversación se hacía indiferente, comprendió que había terminado su misión en la casa y se despidió con una sonrisa burlona inspirada por el concepto de superioridad que de sí mismo había formado al ver lo victoriosamente que había rebatido las razones del cura.

Ya en la puerta, éste no pudo contenerse y le dijo:

—Ya ve usted que nada digo contra la avaricia, pero la providencia da lecciones á lo mejor con los hechos para que eslos puedan llegar á donde la palabra no alcanza.

Don Aniceto no entendió estas frases y continuó sonriendo, y sin volver la cabeza siguió rápidamente á su casa para pasar revista á sus monedas.

Qué tonto es—pensaba—este señor cura; arriesgar el dinero para que se reduzca á la mitad cuando menos se piense, ¡Jamás! El único peligro sería el del robo, y en este pueblo no hay ladrones, á Dios gracias.

Y con estas reflexiones acompañaba el

entretenimiento de apilar monedas, que casi todas eran duros, y que al deslizarse entre sus manos vibraban con el sonido más agradable que don Aniceto había escuchado en toda su vida.

Don Aniceto, que sufría grandes estrecheces por no tocar al tesoro, había ido viviendo, como hemos dicho, del producto de las ventas de las pequeñas fincas que había heredado; pero este direro llegó á su término y fué preciso ir pensando en tocar á las monedas escondidas.

Esto ya lo tenía previsto don Aniceto, y no le inquietaba ni poco ni mucho, no era de esos avaros que atesoran para dejar á sus sucesores una fortuna; con las monedas guardadas tenía bastante para vivir él, aunque Dios le concediera larga existencia, en el momento en que se le acabase el producto de las ventas, cosa que le sucedería siendo ya viejo.

No se engañó en su cálculo; perfectamente meditado y previsto su plan para vivir sin trabajar, le llegó el momento de gastar la plata heredada cuando ya estaba en los cincuenta años de su existencia.

El día en que había de inaugurar el gasto de lo ahorrado tomó un duro de los que apilaba simétricamente todas las noches y se dirigió á la panadería para cambiarlo.

¡Pobre de mí—iba pensando—si sigo los consejos del cural Si yo hubiera empleado este dinero en renta, tal vez lo hubiera perdido todo ó se me hubiera quedado reducido á la mitad. Nada de negocios: la moneda contante y sonante, ni se gasta, ni se la comen los ratones; está siempre viva y siempre con su valor.

¿Para qué querría el señor cura meterme en tales líos?

Con estas reflexiones llegó al horno donde compraba todos los días un panecillo y dió en pago la reluciente moneda, mirandola con ojos cariñosos. El panadero cogió el duro, lo miró atentamente, lo hizo sonar en el suelo, lo refregó entre sus dedos, trató de doblarlo con los dientes, y por último llamó á su mujer para que lo examinara.

Don Aniceto observaba todas estas operaciones lleno de sorpresa y sin atreverse á preguntar la causa de tan minucioso examen. Por el pronto, atribuyó á ignorancia del panadero aquel escudriñar y aquel sobar la moneda tan insistentemente.

La mujer del panadero fué más breve en su juicio.

—¿De dónde ha sacado usted ésto, don Aniceto?—dijo después de mirar el duro.

—¿Y á usted qué le importa?—contes-

tó ya impaciente el avaro.—Ese ha salido de donde todos, de la Casa de la Moneda.

—Pues acuérdate—dijo la mujer á su marido—que en la feria de Medina, el año pasado, nos rechazaron uno igual cuando fuimos á comprar trigo.

—¿Pero creen ustedes que es falso?—dijo don Aniceto, lívido ante una contingencia en que jamás había pensado.

—Yo no lo sé—dijo el panadero—pero ésta tiene razón: nos rechazaron uno igual en todos los comercios de Medina. A los chicos se lo dimos para que jugasen, y ya lo deben haber perdido.

—Pero no sería como éste,—replicó don Aniceto, furioso.

—Pues yo no me atrevo á tomarlo.

—Si llamo al juez, lo tendréis que tomar á la fuerza—gritó don Aniceto;—para vender, hay que entender la moneda.

Lu mujer del panadero, que era muy suelta de lengua, iba ya á hartar de desvergüenzas al avaro, cuando el marido, para que el asunto terminara en paz, propuso un expediente fácil y breve.

Don Aniceto compraba todos los días tabaco, y el estanco era el único hombre del pueblo que entendía de monedas: lo mejor era que fueran ambos al estanco y allí sabrían de cierto si el duro era bueno ó falso.

Como no había otro camino que adoptar don Aniceto asintió á la propuesta y ambos salieron con dirección al estanco. Por el camino propuso el ricacho que en vez de despertar sospechas en el estanco preguntándole si la moneda era buena ó mala, lo mejor sería que pidiese su cajetilla como todos los días y pagase tranquilamente como si no hubiera suscitado la menor duda sobre la pieza de plata.

Todo se verificó con arreglo al programa, pero apenas vió el duro el estanco, dijo:

—Esta moneda no pasa.

—¿Lo vé usted?—murmuró el panadero.

—¿Pero por qué?—dijo con voz entrecortada don Aniceto—¿Es falso?

—Falso precisamente... no—contestó el estanco;—como plata, es plata.

Don Aniceto dió un suspiro de satisfacción, añadiendo:

—Y buena plata.

—Muy buena será pero no pasa.

—Eso es una barbaridad—exclamó don Aniceto.—Si es buena, ¿por qué no pasa?

El estanco, sin exaltarse, explicó el caso: esa moneda estaba mandada recoger hacía muchos años; se habían dado prórrogas para hacer la operación, y se había cerrado ya hasta en la Casa de la Moneda el plazo para el canje.

Todo eso le pareció á don Aniceto un cuento ridículo; pero su enojo subió de punto cuando el estanco le ofreció dos pesetas por el duro, como valor intrínseco de la plata.

Aquello era un robo que se le proponía y lleno de rabia fué á ver al juez municipal, al alcalde, paseando su duro por todo el pueblo, y recibiendo de todos la misma contestación: «¡Eso ya no pasa!»

Don Aniceto creyó en un complot para arruinarle, y como uno de los que había consultado le había dicho que talvez en la Delegación de Hacienda se lo tomasen, al día siguiente muy tempranito salió para la capital de la provincia, que distaba seis kilómetros del pueblo. Allí confirmó su desgracia; hacía muchos años que la moneda había sido recogida; no pasaba en ninguna parte, y su único consuelo fué que un platero le ofreció nueve reales, uno más que el estanco de su pueblo.

Difícil es pintar cómo volvió don Aniceto á su pueblo aquella noche: pálido, casi febril llegó á su casa, abrumado por la que era para él la más horrible de las desgracias. En su tosco cerebro no entraba la razón que pudiera disminuir de tal modo el valor de la plata. Llorando amargamente, examinó una por una todas las monedas: la mayoría eran iguales á la que había pretendido cambiar: muy pocas tenían cuño diferente.

Aquella noche la pasó en vela; no podía dar crédito á una cosa que le reducía tan brutalmente su tesoro; todo el mundo debía estar equivocado, y en cuanto amaneciese iría á ver al señor cura, la única persona decente que había en el pueblo; á él, que era el poseedor de su secreto, le contaría sus cuitas y le expondría de qué manera parecían haberse puesto de acuerdo muchas personas para arruinarle. Apenas en la iglesia sonó la primera campana de la alba, cuando don Aniceto se echó á la calle é hizo despertar al cura, que todavía se hallaba en el lecho. Allí, junto á la cama, y como quien censura un pecado grave, refirió lo que le ocurría, calificándolo de ladrones á todos los seres humanos y exponiendo con cifras exactas la cantidad que, según él, le robaban.

El cura, con tono dulce, le repitió lo que todos le habían dicho y trató de calmar su furia: no se trataba de ladrones ni de robo; los gobiernos varían el cuño y la división de la moneda por una porción de razones que eran largas de explicar, pero daban plazos para el canje, y nadie tenía la culpa de que los ciudadanos, por ocultar su dinero, dejasen pasar los plazos y guardasen la moneda antigua enterrada;

la plata subía ó bajaba de valor como todas las cosas.

—¡Si lo hubiese tenido en oro!

—El oro puede bajar también.

—Pero entonces—preguntó don Aniceto—¿en este mundo no hay moneda de valor seguro para poder vivir?

—Yo conozco dos.

—¿Cuáles?—contestó don Aniceto poniéndose en pie, como si fuera á buscarlas en cuanto le diesen noticia de ellas.

—Para esta vida; el trabajo; para la otra, la caridad.

EMILIO SANCHEZ PASTOR.

De *El Correo de Andalucía*.

PENSAMIENTO

Todo en este mundo tiene quiebras menos la virtud.

C.

VIDA PRODIGIOSA

Y SINGULAR

DE

Esteban Castelló Iborra

(Conclusión)

Al otro día volvió dicho Maestro Llorca y le entregó el citado Estebanito una carta también cerrada con tres obleas y por sobre una cruz. Se la llevó al Sr. Obispo, y el resultado de ambas cartas fué prevenirle Su Señoría al Sr. D. José Caturla, bajo cuya custodia estaba Estebanito, que sobre el particular del precepto parroquial no se le molestase ya más, pues así se lo había encargado al Sr. Cura Cerdá y que el referido D. José Caturla, se tranquilizasen en punto á su conciencia, pues en nada respondería en el Tribunal de Dios. Ambas cartas no fué posible hallarse, ni cuando murió Su Señoría Ilma., que hizo varias diligencias entre sus papeles su confesor D. Baltasar García de Masquefa en busca de la carta de Estebanito ni cuando este falleció, la del Sr. Obispo, de modo que se ignora el contenido dichas cartas: pero el resultado fué que desde aquella época ya nada se le habló á Estebanito sobre el punto de confesión. Hallándose vacante en esta ciudad la vara de Alcalde mayor, puso memorial solicitándola D. José Caturla á poco de la remesa ya indicada de la relación de Estebanito, y á primeros de Enero del siguiente año 1791, le acometió al Don José un insulto apoplético del que mandaron los físicos le suministrasen todos los sacramentos, pues era irremisiblemente mortal. A esta noticia entró afligidísima al cuarto de Estebanito, su consorte D^a. Bárbara con todos sus hijos, pues era el único consuelo que tenían con Estebanito; y haciéndole saber del dictamen de los físicos, dió una

gran carcajada, y por señas manifestó que aun había de vivir diez años: que desempeñaría por seis la vara de alcalde mayor que el Rey le iba á hacer la gracia, y que antes tenía que morir él. Fué indecible el consuelo que recibió la familia, y así se verificó: pues á los nueve días, le hizo el Rey la gracia de Alcalde mayor, la desempeñó seis años y vivió hasta el de 1801.

Se hallaba de esta ciudad una mujer que estaba en buena opinión y se llamaba la Señora Pepa, maestra y directora del colegio de la enseñanza de niñas, la cual visitaba muy á menudo á Estebanito, pues lo quería con extremo: y hablando un día esta buena muger de la muerte, le preguntó que cual de los dos moriría antes, ella ó él: á lo que contestó por señas como acostumbraba que ella moriría antes y que á los tres días moriría él: lo cual así se verificó, pues murió la Sra. Pepa, el mismo día que enfermó Estebanito. No anunciaba cosa que no se verificase, pues si se hubiesen de referir de estos casos, sería nunca acabar.

PARTE 7.^a

Muerte de Estebanito

Enfermó Esteban el día 20 de Octubre de 1792, pues habiendo subido á su cuarto para abrirle la ventana y ver lo que quería aquel día, D. Pascual Caturla, que era el que lo cuidaba, lo halló reclinada la cabeza sobre los dos palitos triangulares que tenía, descubierto su rostro y con el crucifijo en la mano: quedó atónito dicho D. Pascual y le dijo: «Mi querido Esteban ¿te hallas enfermo?» A lo que respondió por señas que moriría dentro de tres días. Dió parte inmediatamente el D. Pascual á sus padres, quienes dispusieron se llamase á los médicos que asistían en la casa, que lo eran D. José Bó y D. José Carrió, los que inmediatamente fueron y lo hallaron con una fuerte calentura, y que según se encontraba de poquísimas fuerzas aquella naturaleza, opinaban iba muy de prisa su muerte.

Lleno de celo el prenombrado D. José Caturla, avisó la novedad al Sr. Maestre-escuela D. José Mirambell, el Sr. Chantre D. Antonio Sala, al Sr. Cura D. Francisco Cerdá y á D. Francisco Mousó, cura prebendado de la Catedral, quienes fueron al instante, y entrando en su cuarto lo hallaron con su rostro descubierto, y puestos los ojos en Jesús de la caída. Viendolo en esta situación, le dijeron: «Esteban, creemos firmemente vas á morir: no puedes recibir el Santo Viático, como antes no confieses: y nos será muy doloroso que mueras sin recibir antes al Señor.» Entonces señalando con el dedo á Jesús de la caída y dándole la mano al Señor Mirambell, apretándose y estrechándose sobre su pecho, pidió le echase la absolución y dicho señor Maestre-escuelas lleno de lágrimas, bajo condición, le absolvió.

En el acto de la agonía, se le advirtió que no tenía impedimento alguno en la lengua, pues se le oyó decir varias veces con voz

clara: ¡Señor asistidme! Pidió por señas la Extremaunción, expresando iba á morir muy en breve. Se le suministró el Sr. Cura Mousó y espiró á cosa de las ocho de la noche del día 24 de Octubre del año 1792, día de San Rafael.

Por si ocurriese alguna cosa digna de testimoniarse, se personó antes de morir Esteban, el Escribano Maximiliano Meseguer. Este le sacó de aquel sitio en un brazado; pues no pesaba una libra, porque sólo era un saco de huesos cubiertos con una piel. Se le halló un cilicio en la cintura, que fué menester rasgarle el pellejo para sacarlo, y dos en los brazos, todos de hieros con puntas que las tenía metidas en la piel, un relicario con un *Lignum Crucis*, el Rosario y varias reliquias en una bolsita. Se le vistió el hábito de San Francisco, y el ataúd se hizo cuadrado, pues no pudo estirarse las piernas, por tenerlas unidas á los muslos. Se tuvo tres días de cuerpo presente en el entresuelo bajo de la casa. Fué preciso poner una compañía de guardia, pues las gentes se mataban por verlo, que á no haber puesto dicha guardia, lo hubieran hecho pedazos para llevarse reliquias: de modo que hasta intentaron cortarle un dedo del pié.

En el tiempo que estuvo de cuerpo presente, se sacó un retrato que lo hizo el mismo D. Pedro Núñez. Se despobló toda la ciudad y lugares limítrofes, el día de su entierro que lo fué el 28 de Octubre. Se le hizo entierro general, misa de cuerpo presente, y se colocó su cadaver en el sepulcro de la capilla de Ntra. Sra. de Guadalupe, propia de la familia, en la Parroquial Iglesia de las gloriosas mártires y patronas de esta Ciudad de Orihuela, Santas Justa y Rufina.

Es indecible el gentío que se reunió el referido día de su entierro, no sólo en toda la carrera, sino toda la Iglesia de Santa Justa. que á pesar de la capacidad de la misma, hasta decir que estaba el púlpito y órgano lleno de gente. Se le colocó delante de la misma capilla en un famoso túmulo de dos cuerpos con cuarenta y cinco manuales y veinte y cuatro velas de luces.

Fin.

NOTA.—Salió Esteban Castelló Iborra de su casa de edad de doce años, día de San Rafael, 24 de Octubre de 1786 para Cadiz. El día de San Rafael, 24 de Octubre de 1766 se metió bajo de la mesa en Madrid, y día de San Rafael, 24 de Octubre de 1792, salió bajo de dicha mesa á dar cuenta al Supremo Dios. No dudando de que el Santo Arcángel le acompañó, cual otro joven Tovias, hasta dejarlo en la patria celestial.

Con vida muy penitente y mortificada y singular en todos sentidos, limitando á San Alejo, bajo de la escalera de la casa de sus padres y esposa, estuvo Estebanito bajo de la mesa, en la propia casa de sus amos, sin la menor alteración, 26 años y ocho horas y murió de edad de 69 años con 10 meses.

VARIEDADES

El hogar y la taberna

I

En una casa de aldea pintada de azul y blanco y abrazada por la parra que corona su tejado, vive un pobre matrimonio ocupando el piso alto con dos pequeños balcones donde la parra hace marco.

Una asquerosa taberna ocupa el piso de abajo tan estrecha y tan menguada cual conviene á tan vil antro.

Viven los pobres de arriba de los frutos sazonados, con el sudor de su frente y la virtud del trabajo, y sostiene la taberna la esplendidez de borrachos que quitan pan á sus hijos para vicios tan nefandos.

II

Era una noche sombría en que el cielo encapotado velaba cien mil estrellas con su densísimo manto.

Arriba en aquella casa están rezando el rosario, mientras blasfeman y cantan los del tugurio de abajo.

El rezo de los de arriba es un dulcísimo canto, más puro que el de la alondra, cuando flota en el espacio.

Y las voces del tugurio, pálidamente alumbrado, siempre son necios alardes ó ronquidos de borrachos.

Es el ángel del amor el que arriba está rezando y es el demonio del odio el que blasfema allá abajo.

Son corazones de flores los que rezan el rosario, y los de abajo son viles como el cieno de los charcos.

Arriba termina el rezo con besos inmaculados, y empiezan agrias disputas los que están bebiendo abajo.

Quedan arriba dormidos en un cariñoso abrazo, por el ángel del hogar defendidos y velados.

Y abajo acaba la orgía en puñaladas y palos, en voces aterradoras y en horrendo asesinato.

Y mientras arriba reina el silencio más sagrado, la bendita paz cristiana con su dulcísimo encanto,

en la taberna tendido queda un hombre agonizando la sangre á borbotones le fluye formando un charco.

Y entre la densa negrura que entenebrece el espacio brilla siniestro el puñal como la luz de un relámpago.

JOSÉ CASTAÑÓN BARINAGA.

El alcohol

Sus efectos

Mucho se ha hablado de los efectos que el alcohol produce en el organismo; pero hallamos alguna novedad en las observaciones últimamente publicadas por el Dr. Cerna en el *Journal of Hygiene*, y que se reducen á lo siguiente:

En pequeña cantidad el alcohol estimula las funciones cerebrales; en gran cantidad las aplana primero, y por fin las anula.

En dosis tóxica produce la hiperhemia cerebral y de médula; en pequeñas dosis hace más rápidos los movimientos del corazón y en alta dosis los deprime, actuando siempre y directamente sobre dicha viscera.

El alcohol en pequeñas dosis hace menor presión arterial por su influencia sobre el corazón; en grandes dosis la aumenta. En mayores dosis hace que la sangre propenda á su congelación; y, por fin, en dosis tóxicas destruye la facultad oxigenante de aquel líquido, coadyuvando á la separación de la hemoglobina y los corpúsculos.

Mr. Jamer White, después de un largo estudio sobre el alcoholismo en Inglaterra, demuestra que el uso de alcohol abrevia la vida.

De los datos tomados en varias compañías de seguros, resulta que en 29 años se calculaba la muerte de 8.835 de los que usan alcohol, aunque sea muy parcamente, y murieron 8.617 (97 por 100); y de 6.187 de los que se abstienen de él, solo murieron 4.368 (70 por 100). De éstos el 59 por 100 llegaron á 65 años, y de los primeros sólo el 45 por 100.

Lo mismo se nota en las profesiones: por 1.000 de cada una, mueren al año 9 labradores, 21 cerveceros, 24 taberneros, 35 mozos de hoteles y cafés.

Otra conclusión más imprevista es que los excesos son más perjudiciales á las clases altas, pues mientras de los alcohólicos mueren el 10 por 100 en los obreros, llega en los propietarios y hombres de gran mundo hasta el 20 por 100.

¿COMO LO COMBATEN?

En Dinamarca existe una ley muy severa contra la embriaguez.

Cuando un hombre ó una mujer son hallados en la calle en estado alegre, el agente de policía que los ve les hace conducir muy guapamente en coche á casa y envía los gastos de esta conducción al tabernero ó cafetista que ha servido la última copa al *curdela*.

Hay que advertir que la tarifa de los coches es doble para estos: de modo que si el borracho vive un poco lejos, sube la cuenta del cochero á una cantidad elevada.

Cuando el industrial se niega á pagar la cuenta, la autoridad le cierra el establecimiento y... ¡á vivir!

Desde primero de año también en Inglate-

rra rige una ley parecida.

Al vendedor que sirve bebida á un embriagado, se le persigue como cómplice.

Por otro lado los borrachos incorregibles tendrán un registro judicial y después de una serie de condenas perderán el derecho durante tres años de entrar en establecimientos de bebidas, lo mismo que el comprar bebidas espirituosas ó alcohólicas. En caso de reincidencia incurrirán en prisión, con trabajos forzados.

Estos tres años sin vaciar algunas copilas será, seguramente, muy duro, sobre todo para los profesionales.

Pero no termina esto aquí. Cualquiera que hubiese comprado licores por cuenta de un borracho, será castigado con 50 francos y un mes de prisión.

En fin, la nueva ley autoriza, tanto al marido como á la mujer, á entablar un juicio de reparación contra su cónyuge condenado por borrachera inveterada.

BIBLIOGRAFIA

CRISOL DIVINO ó sea el purgatorio y las animas benditas. Obra predicable para el mes de animas escrita por el presbítero D. Santiago Ojea y Marquez y publicada con licencia eclesiástica. Esta obra que forma un volumen en 4.º de 431 páginas forma parte del CATECISMO MAGNO PREDICABLE de dicho Autor conocido ya de nuestros lectores y de todos aquellos que siguen el movimiento intelectual de España como uno de los trabajos más apropiados para la catéquesis evangélica y como un verdadero arsenal de doctrinas teológicas, dogmáticas y morales, ascéticas y místicas, basadas en la Sagrada Escritura, y en Sentencias numerosas de los Santos Padres de la Iglesia. El nombre del autor escusa toda recomendación por innecesaria. Puede adquirirse la obra entera ó cualquiera de los tomos que aisladamente la constituyen como tratados especiales de cada materia en las librerías Católicas y principalmente en la de don Gregorio del Amo. Paz 6—Madrid.

GRAN APOSTOLADO DE LAS SEÑORAS. Los católicos á las elecciones por el P. Luis M.ª Ortiz de la compañía de Jesús—4.ª edición arreglada para las elecciones municipales.

Recomendamos con gusto este folletito publicado por la Biblioteca de S. Francisco de Sales. Paz 6 Madrid por ser de mucha actualidad.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Paz 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.